



El arqueólogo Francisco Tuset (codirector de la excavación), Rebeca Arbizu (coordinadora del grupo Archaeospain) y algunas de las chicas estadounidenses.

Rastreando el pasado

Una ONG americana trae cada verano hasta Clunia a un grupo de jóvenes para excavar

MÍRIAM LÓPEZ / CLUNIA

Cuando algo se desea con mucha intensidad, no hay que pensarlo demasiado. Hay que actuar, aprovechar las oportunidades y lanzarse a la aventura. Darse la oportunidad de descubrir, de sentir, de vivir es lo más adecuado cuando tienes una afición que te lo permite.

Así lo han hecho un grupo de estadounidenses que han decidido cruzar el charco para llegar hasta nuestra provincia, concretamente hasta la ciudad romana de Clunia. Su pasión por la arqueología sumada al interés por las culturas clásicas hace que ca-

da día se levanten con la máxima esperanza de encontrar un «tesoro».

Santiago Enrique es un burgalés que vive en Estados Unidos como profesor de español. Tras unos años en contacto con la arqueología decidió crear una asociación sin ánimo de lucro para dar la oportunidad a estudiantes universitarios de practicar esta ciencia en España. Así, y con la ayuda de su compañero, Mike Elkin, surge Archaeospain.

Hace ya seis años que esta ONG trae chicos a Clunia, aunque también colabora en otros proyectos como el de la necrópolis de Pintia, en Valladolid; las ruinas sorianas de Termes; o, incluso, en Roma, donde excavan en el Monte Testaccio.

Los viajes duran aproximadamente un mes y la cuota que pagan los chavales es el único dinero que recibe la organización para, aparte de cubrir las necesidades básicas, financiar sus proyectos.

Washington, Seattle, Dakota del Sur o Texas son algunos de los estados de los que vienen los jóvenes que han participado en las excavaciones de la ciudad romana de Clunia durante un mes. La mayoría son estudiantes de Historia antigua, Ciencias Clásicas o Antropología, que disfrutan bus-

cando algún rastro del antiguo mundo romano.

Los americanos llegan sedientos de un pasado que en su país es difícil de encontrar, pues la mayoría de sus excavaciones son del periodo colonial. Las impresionantes ruinas romanas y otras joyas de la historia que aún quedan repartidas por nuestra geografía son, para ellos, algo admirable y que constituyen un panorama cultural espléndido.

EN BUSCA DEL TESORO. Suena el despertador. Es temprano. Se visten, cogen las herramientas y se dirigen hacia las ruinas del teatro. Son las 8 de la mañana y la jornada ha comenzado. La zona de actividad es la parte posterior del escenario, allí trabaja un amplio grupo en el que se mezclan españoles y americanos, estudiantes y arqueólogos, todos con la ilusión de avanzar un paso más en la investigación.

Los chicos conviven con otros llegados de las universidades de Barcelona, Burgos y Valladolid. El compañerismo es total, y además aprovechan para aprender inglés y español.

La tarea es lenta y minuciosa, cepillo y paleta en mano van levantando finas capas de suelo en busca de algún rastro. La cerámica y el material arquitectónico son

los restos más encontrados. Aún así, cada pieza es única y al verla sobresalir no se puede más que sentir una enorme satisfacción que empuja a seguir y da fuerzas para continuar, horas y horas, en busca de otro pedazo del pasado. La alegría del equipo se palpa entre las ruinas. Mientras ríen y cantan la aventura va llegando a su fin.

Hace unos días encontraron la escultura de una mujer. «Fue un día grande y había que celebrarlo», comentaba Rebeca Arbizu, coordinadora de los chicos americanos.

El trabajo no sólo consiste en excavar sino que también se pueden realizar otras actividades del proceso. Lavar cerámicas, clasificar piezas, fotografiar las zonas, dibujar o tomar cotas son otras de las muchas partes de la investigación. Al fin y al cabo, lo que se pretende es «entender la historia. Comprender como se organizaban sus sistemas políticos y económicos», dice Arbizu.

El trabajo en Clunia es agradable. Según dice Rebeca, algunos chicos se lo esperan mucho peor. «Cada yacimiento es distinto, tiene distinto ritmo», afirma. A pesar de todo, los primeros días, a veces tienen fiebre o un pequeño shock cultural que superan en poco tiempo.

La hora de comer es uno de los momentos más agradables. En general no tienen problemas con el menú, a los chicos les gusta la comida española y sobre todo si va acompañada con un vino de la zona.

POR TIERRAS CASTELLANAS. Las tardes de miércoles y sábados estaban reservadas para hacer salidas. Silos, La Yecla, Burgos capital, o 'El paso del Fuego' en San Pedro Manrique (Soria) han sido algunos de los lugares que han visitado, como auténticos turistas, estos jóvenes americanos.

Otra de las cosas típicas de nuestra cultura que no se han querido perder han sido las verbenas. Algunas noches salen a los pueblos cercanos para disfrutar en vivo de la música y bailes que ambientan las fiestas de los pueblos.

Si tienen algo que destacar de la cultura española es, sin duda, la riqueza monumental. La Catedral, las ruinas, los castillos...son, para ellos, impresionantes joyas de nuestros antepasados que admiran por su singular belleza.

Lo peor ha sido no saber español. Esto ha supuesto, en muchas ocasiones, impotencia, ya que no podían comunicarse con la facilidad que a ellos les hubiera gustado.

De America a Clunia

Rebeca Emery tiene 21 años, es de Washington DC y estudia historia en la universidad de Massachusetts. Este verano estará julio y agosto en las excavaciones de Clunia. «Desde que era pequeña me gustaban los dinosaurios», comenta.

Para ella, los españoles no somos muy diferentes de los americanos. Según dice, lo que más le gusta de España es la comida, sobre todo las carnes. «Me gusta el rabo de toro y la ternera y, por supuesto, el vino», afirma.



Uno de los jóvenes excavando.



Entre la arena se aprecia la dentadura de un animal.



La joven enseña un clavo que acaba de encontrar.